

— TRADUCCIÓN —

Si supiera lo que aquella casa significaba para ella, cuántas noches había sido incapaz de dormir, imaginando que era aquel tejado, y no en el de su piso de Austin, el que tenía sobre la cabeza.

—¡Qué va! —estaba oscuro, pero la cara de él reflejaba dudas—. ¿Nunca se llevó a cama un juguete la noche de Navidad, algo que esperaba hace tanto tiempo y con tanta ilusión que no podía soportar apartarse de él?

—¿Esta casa es un juguete? —le preguntó, frunciendo la comisura de los labios en una sonrisa artificial.

—Un regalo, entonces —propuso ella—. Unas botas rojas de vaquero o un cachorrito de peluche rosa chillón.

—Una vez dormí con una pistola de balines —esta vez la sonrisa era auténtica.

«¡Menos mal, es un ser humano!»

—¿Lo ve? Pues es lo mismo.

Su mirada pasó de la cara de Kaylie a los tres pisos que se alzaban frente a él.

—Entonces, ¿le tiene puesto el ojo a la casa hace mucho tiempo?

—Sí.

—Pero las paredes las va a tirar igual.

—Las voy a tirar igual

—No hay manera de disuadirla.

¿No quería el trabajo? ¿Es que pensaba que pretendía destruir alegremente una estructura tan sólida, sin preocuparse lo más mínimo por la vida que le habían insuflado quienes habían hecho de ella su hogar? ¿O acaso tenía tantas ganas de empezar que no había sido capaz de esperar más para echarle un vistazo de cerca? Fuera como fuese,

aquella conversación podían dejarla para el día siguiente. Estaba cansada y era demasiado tarde para debatir diferencias filosóficas.

—No, lo siento. Hay que tirarlas.

Él hizo un ruido, como un resoplido, un bufido, y el haz de luz de la linterna volvió a corretear por las contraventanas antes de apagarla para marcharse.

—Muy bien, pues. Nos vemos mañana a mediodía.

—Buenas noches, señor Keller.

Él se acercó, se detuvo frente a ella y la miró a los ojos. No distinguía el color, con aquella oscuridad, pero recordaba que eran de un tono miel dorado e incandescente. La luz de la luna se le reflejaba en el pelo y le traía a la mente el color del té, los brownies con caramelo y las peras rojas de Anjou. Aquel hombre le daba hambre y eso no podía ser.

—Ten —le dijo, dándole unas palmaditas en la cabeza a Magoo, que estaba sentado entre ambos—. Todo el mundo me llama Ten.

Kaylie asintió, apretando fuerte contra el estómago la mano que sujetaba el cuchillo: un recordatorio cortante y afilado de que su misión allí no tenía nada que ver con lo que le estaba haciendo sentir.

—Pues, entonces, buenas noches, Ten.

— ORIGINAL —

If only he knew what this house meant to her, how many nights she'd been unable to sleep for thoughts of this roof, and not the one in her Austin condo, over her head.

"Not a chance," she said. It was dark, but his expression seemed doubtful. "Didn't you ever take a new toy to bed with you Christmas night? Something you'd been waiting for and wanting so long you couldn't bear to let it out of your sight?"

A humorless grin tugged at one side of his mouth. "This is a toy?"

"A gift, then," she offered. "A pair of red cowboy boots or a sparkly pink plush puppy."

This time his smile was true. "I slept with a BB gun once."

Oh, good. He was human. "See? Same thing."

He looked from her face to the three stories looming in front of him. "So you've been waiting for and wanting this house a long time?"

"I have."

"But you're still set on knocking out walls."

"I am."

"No way around it, huh?"

Did he not want the work? Did he think she was blithely tearing apart a perfectly sound structure, giving no thought to the life breathed into it by those who'd called it home? Or was he so ready to start he'd been unable to put off getting a closer look?

Whatever, this conversation could wait until tomorrow. She was tired, and it was too late for arguing philosophical differences. "Nope, sorry. They've gotta go."

He made a sound, a snort, a huff, and the flashlight beam played over her shutters once more before he switched off the light to leave. "Okay then. I'll see you tomorrow at noon."

"Goodnight, Mr. Keller."

He came closer, stopped in front of her, met her gaze. It was too dark to see the color of his eyes, but she remembered well their shade, honey gold and incandescent. The moon shone off his hair and brought to mind sun tea, caramel brownies, red Anjou pears.

He made her hungry, and that wouldn't do.

"Ten," he told her, patting Magoo's head where the dog sat between them. "Everyone calls me Ten."

She nodded, pressing the hand holding her knife to her belly, a sharp cutting reminder that she wasn't here for whatever this was he had her feeling. "Good night, Ten."